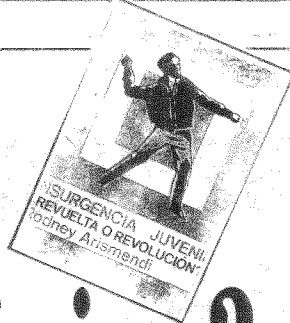


Cuba: ¿excepcionalidad o expresión del momento histórico?



En el caso de la revolución cubana —y procurando poner nuestros pies sobre las huellas marcadas por Lenin— nos encontramos, más allá de sus peculiaridades, con una revolución democrática y antimperialista que se transforma rápidamente en socialista, cuyas fuerzas motrices son los obreros urbanos y rurales, los agricultores, pequeños y medios, los intelectuales, estudiantes y vastos sectores de trabajadores y de las capas medias urbanas.

Ningún sector de la burguesía integró las fuerzas motrices de la revolución cubana, aunque Fidel Castro aprovechó tácticamente, con gran inteligencia, las contradicciones con la tiranía batistiana de diversos partidos y grupos de la burguesía, incluso de burgueses rurales, para conquistar el poder y hacer avanzar el curso revolucionario. Un programa adecuado (*La Historia me absolverá*), la construcción de la fuerza social de la revolución en un doble proceso político y armado que incluyó una relación positiva permanente con el partido obrero (Partido Socialista Popular) y una hábil utilización táctica de todas las contradicciones que contribuyeron a aislar la tiranía y despistar al imperialismo yanqui, parecen ser, abocetadamente, los rasgos más significativos de la experiencia cubana. En ella se destaca el elevado desempeño de los estudiantes y de las capas medias intelectuales, tan activas en todo el continente. Comprobación que no da pie para negar o rebajar el papel histórico del proletariado como vanguardia; pero que advierte acerca del potencial revolucionario antimperialista, democrático radical y "cuasi socialista" —uso calificativos de Lenin— de estos sectores sociales en nuestra revolución. Y que muestra la complejidad de la presentación de las clases sociales en la escena durante las etapas de aproximación. Este carácter avanzado de la revolución cubana así como la vía armada y la dialéctica de sus medios de lucha, son dos cuestiones esenciales que se proyectan desde la isla sobre el horizonte revolucionario continental, con la virtud de nueva y admonitoria experiencia, sujeta, "como es natural", a concreción crítica en cada país, pero insoslayable ingrediente para la comprensión del proceso revolucionario latinoamericano.

Preguntas sobre la revolución cubana

Diciéndolo de otro modo, o sea, transformando las afirmaciones en interrogantes, parecería que vienen a la boca estas preguntas:

—¿La proeza de Fidel Castro y el pueblo cubano, se la puede apreciar —con los contrapesos debidos, respetables paladines de la particularidad!— como expresión de un cuadro continental, de una situación iberoamericana, considerando ésta en sus rasgos más generales, sin olvidar las notorias diferencias de país a país o de zona a zona que hasta el más distraído alumno de táctica política puede advertir, profesar y hasta adentrarnos a su respecto, con engolado énfasis?

—El carácter avanzado de la revolución cubana ¿es una excepcionalidad o corresponde a causas objetivas, que, con las debidas diferencias de grado, existen en casi toda América Latina, y que tienen que ver con el desarrollo peculiar del capitalismo en nuestros países y con la nueva conformación anatómica de sus clases sociales?

—En cuanto a las vías de la revolución: el triunfo cubano —por la vía armada y sirvién-

La revolución cubana partió en dos la historia del continente y la comprensión de su carácter y la definición del nuevo período histórico que se abría encontraron en Rodney Arismendi un lúcido y temprano intérprete. Del libro *Lenin, la revolución y América Latina* extraemos unas sustanciales afirmaciones.



dose con originalidad del modo guerrillero —es una simple peculiaridad cubana, o incorpora a la praxis continental un pronóstico más amplio acerca de la vía más probable del desarrollo revolucionario? ¿Y hasta dónde —dentro de esta previsión— la guerrilla, en tanto es una de las formas de la lucha armada, y sin ser erigida en forma exclusiva, ingresa como un arma con porvenir, al arsenal de los pueblos sojuzgados y convulsos de la América Latina?

No hablamos de copiar servilmente ésta u otra experiencia. Seguimos creyendo, con Lenin, que no se trata de imitar a nadie. Pero sí, de valorar lo esencial de cada experiencia, y la experiencia cubana es la única que corresponde a una revolución triunfante de este continente: no puede mirarse pues, con ligereza.

En última instancia, el tema teórico —la consideración del triunfo cubano como fruto de una realidad objetiva que madura contradictoriamente en toda América Latina— desemboca en una cuestión de perspectivas: involucra otro tema quemante y práctico, la posibilidad o no, del surgimiento de nuevas Cubas en plazos históricamente breves (...)

El análisis del PCU

Nuestro partido —entre otros— arrancó de otra valoración. Las premisas para este análisis —lo destacan con reiteración nuestros Congresos— se hallan en las motivaciones de la crisis partidaria de 1955. En esencia, esta crisis trasuntó la aguda contradicción entre la capacidad del partido para el ejercicio de sus obligaciones como vanguardia, y el inicio de un período de maduración del proceso revolucionario latinoamericano, coincidente con las mutaciones en la correlación internacional de fuerzas entre socialismo y capita-

lismo, y el pasaje de la crisis general del sistema capitalista a su tercera fase.

No siempre llegamos a definiciones teóricas acabadas, acerca de toda esta situación. Sin embargo, teníamos conciencia de estar ante una nueva y acuciosa realidad latinoamericana. Así lo expresamos en documentos de fines del 55 y comienzos del 56, que cobraron mayor significación para nosotros, luego de las explosivas promociones del Vigésimo Congreso del PCUS. Desde enero de 1959, advertimos la proyección histórica de la revolución cubana y su diferencia respecto a otros movimientos democráticos habidos en el continente. Así lo dijimos en los intercambios de opiniones entre partidos, de febrero de 1959. Sobre esas ideas fundamos la solidaridad uruguaya con la revolución. Desde aquí parten también nuestros planteamientos sistemáticos acerca de la necesidad de una estrategia común frente al imperialismo yanqui y de una estrecha y coordinada solidaridad, lo que algunos llaman "teoría de la revolución continental".

El triunfo de la revolución cubana desborda, en mucho, la cautela casi objetiva de nuestro pronóstico de 1956. Sin embargo, confirma la esencia de nuestra apreciación del momento revolucionario de América Latina. Más aun nos exige continuidad en el estudio de los nuevos problemas. Procuramos hacerlo, precisando tesis, mejorando conceptos, incorporando experiencias, corrigiendo el desarrollo de nuestras ideas.

Para nosotros, el éxito cubano era la eclosión de un gran caudal, de una corriente histórico-social que anda en todo el continente. Desde el punto de vista objetivo, Cuba reveló la tensión alcanzada por las contradicciones que se anudan en la base material de las sociedades latinoamericanas,

registra la maduración de la crisis de las estructuras económico-sociales y la agudización de la lucha antimperialista y de clases, hasta niveles nunca conocidos. Y tiene sus antecedentes en las revoluciones boliviana y guatemalteca, en la ola de movimientos democráticos, obreros, nacional - revolucionarios, etcétera, que precede, en casi todo el continente, a la victoria cubana y que, abatido a varias tiranías. En una hora de sacudimientos revolucionarios que, bajo formas diversas, con ciertas flexiones sobre el eje común de su línea general, llega hasta nuestros días.

Aquí está la clave para toda interpretación unitaria de los acontecimientos de que somos partícipes. Cuba clava allí un jalón definitivo. Situada históricamente en el centro del período —cronológicamente casi en su mitad— la pobreza cubana es un factor acelerador del ritmo político-social del continente. Reflejo de una realidad objetiva nueva, pasa a ser un factor objetivo más, agudizador de todos los antagonismos. La rápida ayuda soviética y del campo socialista, la erección de la solidaridad con Cuba en un postulado estratégico de todo el movimiento liberador, hasta el peculiar y riesgoso enclave geográfico de la isla, subrayan el alcance internacional, histórico-universal, del acontecimiento. Más todo ello concentra, en vez de diluir, su incidencia latinoamericana, su engrane con la más acuciante problemática continental.

Hasta el cansancio esto se ha repetido: la revolución socialista enraza en el hemisferio; el problema del poder evidencia su actualidad; es ahora un objetivo estratégico concreto del período y no una simple conclusión necesaria a la luz del materialismo histórico.